

heridos el infante don Enrique de Aragon en una mano, y el condestable en un muslo. El rey don Juan mandó erigir una ermita en el sitio del combate con la advocacion de Sancti Spiritus de la Batalla, con la competente dotacion para algunos religiosos eremitas.

El resultado inmediato del célebre triunfo de Olmedo fué que los dos hermanos, el rey de Navarra y el infante don Enrique, enemigos irreconciliables de don Alvaro de Luna, se retiraron á Aragon; y lo que fué todavía mejor para el condestable, el bullicioso infante de Aragon murió en Calatayud de resultas de la herida de la mano, ó porque se le enconase con la fatiga, ó por haberle puesto arsénico en la llaga. El rey de Castilla llevó su real á Simancas, y el condestable, á quien su herida no le permitía cabalgar, fué trasportado á hombros en unas angarillas. Fuese el rey apoderando otra vez de todas las villas y castillos de los magnates rebeldes (1). A don Iñigo Lopez de Mendoza le hizo marqués de Santillana y conde del Real, marqués de Villena á Juan Pacheco, el privado del príncipe, y tan luego como supo la muerte del infante don Enrique de Aragon, mandó á los priores y comendadores de Santiago que nombraran gran maestre de la orden á don Alvaro de Luna, y á los de Calatrava que diesen el maestrazgo al doncel don Pedro Giron, hermano de don Juan Pacheco, el nuevo marqués de Villena, privado del príncipe, en reemplazo del hijo del rey de Navarra, á quien se le despojó por rebelde. De este modo se iban repartiendo las mas pingües dignidades entre los favoritos y sus deudos, y don Alvaro de Luna, despues de sus destierros y de las borrascas pasadas, habia recobrado todo su ascendiente é influencia, y se hallaba en el apogeo de la opulencia y del poder.

De tal manera volvió á dominar el condestable el ánimo del débil monarca, que nada obraba este, ni nada resolvía sino lo que queria el condestable, que le tenia como encantado. Y como don Alvaro tuviese particular amistad con el regente de Portugal, duque de Coimbra, no solamente hizo que viniese á Castilla el condestable de aquel reino con un auxilio de mil doscientos hombres de armas, cuatrocientos jinetes y sobre dos mil peones, cuando menos se necesitaban y contra el parecer de los grandes de la corte, sino que se atrevió á negociar y concertar por su cuenta y sin conocimiento de su soberano el matrimonio del rey, viudo de cinco meses, con la infanta doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal. Calculaba don Alvaro que siendo él quien elevase aquella princesa á reina de Castilla, y debiéndola esta toda su grandeza, le seria, siquiera por reconocimiento, tan adicta como el rey mismo. Aunque desagradó á don Juan, cuando lo supo, que negocio tan grave se hubiese tratado sin su consentimiento, mucho mas cuando él deseaba casarse con la hija primogénita del rey de Francia, no tuvo valor para oponerse á la voluntad del favorito, y el enlace con la infanta portuguesa recibió la aprobacion real.

En este tiempo una insurreccion habia lanzado del trono de Granada al rey Mohammed el Izquierdo. Uno de sus sobrinos, llamado Aben Osmin, supo explotar el disgusto del pueblo, derramó mucho oro, celebró sus sesiones secretas con los mas turbulentos y osados, y sorprendiendo una noche el alcázar de la Alhambra, prendió á su tío Mohammed, que por tercera vez y para siempre caía de un trono que ocupó trece años, y se hizo proclamar emir. Otro sobrino de Mohammed el destronado, llamado Aben Ismail, resentido de su tío, se

(1) Fueron estas principalmente Medina de Rioseco, Torrelobaton, Bolaños, Aguilár de Campos, Villalon, Mayorga y Benavente. Algunas opusieron resistencia, y fueron tomadas á fuerza de armas. El alcaide del castillo de Burgos tambien anduvo remiso en entregar al rey aquella fortaleza. Rindiéronse igualmente varias villas que aun se mantenian por el infante don Enrique de Aragon, como Alburquerque, Azagala y otras. De entre las que conservaban los capitanes del rey de Navarra la que opuso mas larga y tenaz resistencia fué Atienza, defendida por el valiente Rodrigo de Robledo. Este caudillo sostuvo un largo cerco y muchos combates contra casi todas las fuerzas del rey de Castilla y del condestable. Cuando el rey entró en ella la hizo incendiar toda. Estos sucesos parciales ocupan muchas páginas en las crónicas, y la de don Alvaro de Luna refiere con gran prolijidad y complacencia todos los hechos de su héroe en el cerco de aquella villa.

habia fugado de Granada y refugiádose á Castilla, con algunos ilustres caballeros, sus amigos y parciales. Los contrarios al usurpador Aben Osmin, apellidado el *Ahnaf* (el *Cojo*), y principalmente la tribu de los Abencerrajes, abandonaron á Granada y se retiraron á Montefrío, donde alzaron pendones por Ismail, el refugiado en Castilla, y le invitaron á que acudiese á tomar posesion del trono que le ofrecian. El príncipe moro, prometiendo á don Juan II que tan luego como se vieses rey de Granada seria su mas fiel amigo y vasallo, obtuvo su vénia, y aun le suministró el rey don Juan subsidios y tropas que le acompañaran á Montefrío, donde le esperaban sus parciales, y donde hicieron su proclamacion (1445). Costosa fué esta proteccion á los castellanos, porque discurriendo Aben Osmin que para sostenerse en el trono necesitaba mostrarse celoso y ardiente musulman, y aprovechando las discordias que á la sazón devoraban el reino de Castilla, declaró la guerra á los cristianos, franqueó la frontera, plantó los pendones musulmicos en Benamaurel y Benzalema, y degolló las guarniciones cristianas (1446). Las ciudades y villas del reino de Jaen, Baeza, Ubéda, Martos, Andújar, Linares y otras que hubieran debido ser, como en antiguos tiempos, otros tantos diques contra la irrupcion sarracena, participaban de la anarquía de los partidos de Castilla, y ellas mismas se hostilizaban entre sí, estando unas por el rey y el condestable, otras por los confederados contra don Alvaro. Para mayor desventura acabó de encender la guerra entre los cristianos del reino de Jaen una cuestion entre los caballeros de Calatrava sobre eleccion de gran maestre de la orden, formándose dos partidos encarnizados, que llegaron á pelear furiosamente entre sí, siendo caudillo del uno el valeroso don Rodrigo Manrique, el hijo del adelantado mayor de Leon y conquistador de Huescar; del otro don Luis de Guzman y el afamado justador Juan de Merlo. En un combate que tuvieron en Hardon quedó vencido don Rodrigo Manrique, pero perdió la vida Juan de Merlo, terror de los caballeros granadinos, famoso en todas las cortes de Europa por su esfuerzo y por su destreza en el manejo de las armas, ilustre aventurero que allá se presentaba do quiera que los príncipes de Italia, de Francia ó de Alemania emplazaban justadores para las fiestas reales, y que en dos célebres torneos habia tenido la gloria de vencer al orgulloso borgoñon Micer Pierres de Bracamonte, señor de Charní, y al altivo caballero Enrique de Remestan.

Grandemente se prevaleió de la anárquica situacion de Andalucía y Castilla el rey Cojo Aben Osmin de Granada para excitar el ardor religioso de los musulmanes, y persuadirles de la oportunidad de pasear los pendones agarenos por las tierras de los cristianos. Publicóse en las mezquitas la guerra santa, y el mismo emir, á la cabeza de numerosos escuadrones, abandonando los voluptuosos salones de la Alhambra, dirigióse primero á lanzar de Montefrío á los rebeldes Abencerrajes, partidarios de Ismail, y entró seguidamente á sangre y fuego por las campañas de Huescar, Galera, Castilleja y los Velez, teatro en otro tiempo de las proezas y glorias de los Manriques y los Fajardos. Esclavizando mancebos y doncellas, apresando ganados é incendiando poblaciones, llevó su devastadora correría á los fértiles campos de Murcia. El capitán don Alvaro Tellez Giron se tuvo por afortunado con poder refugiarse en la fortaleza de Hellin, despues de muertos ó cautivados los soldados de su hueste (1447). Los moros regresaron victoriosos y cargados de botin á Granada, á prepararse para nuevas algaras por las comarcas de Antequera, Estepa y Osuna (2).

¿Qué hacia el rey don Juan II de Castilla mientras los sarracenos corrian impunemente sus mejores provincias y le arrebatában las mejores conquistas de los primeros tiempos de su reinado? El desdichado don Juan veía á su propio hijo, siempre inducido por el marqués de Villena á fin de estrecharle á que le hiciese nuevas mercedes y acrecentase su estado, tratar otra vez no muy secretamente con el almirante y

(2) Conde, Domin. p. IV, caps. 31 y 32.—Crón. de don Juan II, Años 45, 46 y 47.—Argote de Molina, Nobleza, lib. II.—Jimena, Anal. de Jaen.—Marmol, Descripcion, etc. lib. II.—Zúñiga, Anal. de Sevilla, libro X.

el conde de Benavente. Veía al condestable don Alvaro dispensar mercedes á sus antiguos enemigos para apartarlos de la alianza del príncipe. Veía á este juntar sus gentes en Almagro, otra vez en abierta rebelion contra su padre. Veía por otra parte al rey de Aragon nombrar maestre de Santiago á don Rodrigo Manrique, enemigo del rey don Juan, no obstante la eleccion hecha por este en el condestable, y á don Rodrigo tomar el título de maestre, protegido por el hijo mismo del rey. Veía á su mas hábil y leal servidor el obispo don Lope de Barrientos no poder posesionarse de su ciudad de Cuenca sin sostener serios combates con don Diego Hurtado de Mendoza que se negaba á entregarla. Veía que el rey de Navarra no cesaba de acometer sus villas fronterizas y de talar y robar sus campos. Veía en fin arder de nuevo en su reino la llama de la guerra civil, y molestadas y corridas sus fronteras por los soberanos de Aragon, de Navarra y de Granada. Y á pesar de situacion tan angustiosa, no por eso dejaba de celebrar solemnemente sus bodas en Madrigal (agosto, 1447) con la infanta de Portugal, doña Isabel, porque así habia sido la voluntad de su condestable y maestre de Santiago.

Sucedióle á don Alvaro de Luna con haber proporcionado al rey don Juan esta esposa, lo que al ministro Alburquerque cuando puso al rey don Pedro en ocasion de entablar amorosos tratos con doña Maria de Padilla; que queriendo afianzar sobre una base sólida su favor y hacerle indestructible, se labraron su propia ruina. El rey don Juan se aficionó á su nueva esposa, y como al propio tiempo hubiera comenzado á disgustarse del favorito que se habia tomado la libertad de deparársela sin consultar su voluntad, hizo participante á la reina del disgusto que ya hacia el condestable sentia, y halló muy dispuesta á perder al valido la misma que le debia la corona, y aun tomó á su cargo preparar convenientemente la prision del condestable. Pero mantúvose esto secreto, y el rey y la reina se vinieron á Valladolid.

Una tregua de siete meses que allí se pactó con los procuradores de Aragon dejó al rey un tanto desembarazado por aquella parte. Mas las intrigas interiores del reino comenzaron á tomar un nuevo giro, mas peligroso y de peor carácter que nunca. El maestre de Santiago don Alvaro de Luna y el marqués de Villena, privado del infante, en union con el obispo de Avila don Alonso de Fonseca, se confederaron entre sí al intento y con el designio de ser ellos solos los que gobernarán á su placer y sin estorbo ni embarazo al monarca y al príncipe. Al efecto acordaron que era menester prender al almirante y á su hermano don Enrique, á los condes de Benavente, de Castro, y de Alva, y á los hermanos Quiñones Pedro y Suero; siendo de notar que si estos personajes los mas habian sido enemigos del condestable, una vez perdonados por el rey despues de la batalla de Olmedo, le servian bien y fielmente, y en cuanto al conde de Alva, habia seguido siempre á don Alvaro de Luna y sido uno de sus mayores favorecedores. El obispo Fonseca fué el encargado de manejar la forma como habian de ejecutarse estas prisiones. El rey y el príncipe, tan pronto desavenidos como reconciliados, tan pronto enemigos como amigos, segun lo que les sugerian sus respectivos privados, fueron llevados el uno á Tordesillas y el otro á Villaverde. Habíase dispuesto que se viesen y hablasen al medio camino, y de estas vistas y pláticas resultaron los mandamientos de prision contra los mencionados personajes, segun el plan de los dos validos y el obispo Fonseca, los cuales todos fueron destinados á diferentes castillos, á excepcion del almirante y el conde de Castro que lograron salvarse y buscaron un asilo en Aragon, donde se acordó que el almirante pasara á Nápoles á pedir favor y ayuda al monarca aragonés contra el rey de Castilla (1448). Estas prisiones movieron gran turbacion y general escándalo en el reino, y grandes y pequeños las sintieron y reprobaron. Sin embargo, habiendo el rey, por consejo de don Alvaro de Luna, convocado los procuradores de las ciudades, propuso á su aprobacion, primero la concordia con su hijo, y segundo el repartimiento que pensaba hacer de todos los bienes de los condes presos y fugados. En aquellas córtes, ya degeneradas, los representantes del pueblo iban dando por buena y santa la medida propuesta por el rey, hasta que Mosen Diego de Valera pronunció en

contra un enérgico y juicioso razonamiento. Enojóse el rey, no quiso oír mas, abandonó las córtes, y los procuradores se retiraron á Valladolid.

En esto el conde de Benavente con ayuda de algunos de sus criados logró fugarse de la fortaleza de Portillo en que le tenian, y se fortificó en su villa de Benavente. Mas con noticia de que el rey don Juan marchaba contra él desde Arévalo con muchas compañías, salió de la villa y se refugió en Portugal.

Parecia, no obstante, pesar sobre la infeliz Castilla una sentencia fatal que la condenaba á pasar por una cadena de interminables revueltas y perturbaciones, que hacen casi imposible al historiador dar algun orden á tanta multitud de sucesos, siquiera no apunte sino los mas notables que ocurrían en cien puntos á un tiempo en aquel confuso y revuelto caos. Mientras el rey se apoderaba de Benavente, defendida por los vasallos del fugitivo conde, por la parte de Requena y Utiel entraban compañías de aragoneses que batian y desbarataban á los fronteros castellanos; y don Alfonso, hijo bastardo del rey de Navarra, con otros caballeros y capitanes de aquel reino y hasta seis mil soldados, entre los cuales venian muchos moros del reino de Valencia, acometian la ciudad de Cuenca, peleaban encarnizadamente con el obispo y con los caballeros de Castilla, si bien no pudieron tomarla, y hubieron de retirarse huyendo de don Alvaro de Luna que acudió con su gente. Los moros de Granada extendian impunemente sus algaras casi al interior de Castilla, llegaban muchas veces hasta los arrabales de Jaen, amenazaban cercar á Córdoba, y ofrecian su amistad al rey de Navarra. El almirante don Fadrique, que habia ido á Nápoles á pedir ayuda al rey de Aragon contra Castilla, volvió á Zaragoza con poderes de aquel soberano para que de las rentas de su reino se pagara al de Navarra la gente con que hubiera de hacer la guerra al castellano; y desde Zaragoza, el rey de Navarra, el almirante y el conde de Castro llegaron á entenderse otra vez con el príncipe de Asturias, con los marqueses de Villena y Santillana, con los condes de Haro y de Plasencia y con otros nobles castellanos, siendo el objeto de esta nueva conjura libertar los presos y derribar otra vez al condestable. Y al propio tiempo estallaba en Toledo una sublevacion popular que habia de dar mucho que hacer al monarca y á su valido (1449).

Fué la causa de este levantamiento un empréstito forzoso que el privado don Alvaro de Luna habia pedido á la ciudad. Alborotóse el populacho, y al toque de la campana mayor se apoderó de las puertas y torres, quemó la casa del rico comerciante Alfonso Cota, que era el recaudador del empréstito, y todo el mundo obedeció á la voz de un mercader de odres, autor principal del bullicio, porque decían hallarse escrito en una piedra en antiguas letras góticas: *Soplavé el odvero, y alborozarse ha Toledo*. Adhirióse al movimiento popular el gobernador Pedro Sarmiento, que tenia el alcázar por el rey y era su alcalde mayor, y se erigió en cabeza de la rebelion, diciendo á los toledanos que él defenderia sus antiguos privilegios que el condestable queria atropellar, y so pretexto de que algunos trataban de entregar la ciudad al rey tomó las haciendas y bienes de los mas ricos ciudadanos. Dirigióse el monarca desde Benavente á sofocar el tumulto, mas al acercarse á la ciudad le envió á decir Pedro Sarmiento que no le permitiria la entrada mientras le acompañase el condestable y maestre de Santiago, que hacia treinta años estaba tiranizando el reino; y como el rey insistiese en querer entrar, hicieron los de dentro jugar las lombardas contra la hueste y las banderas reales, teniendo el soberano y su favorito que retirarse á Illescas, Avila y Valladolid, y atender de nuevo al conde de Benavente que entre tanto regresó de Portugal y se volvió á fortificar en su villa. Entonces Pedro Sarmiento llamó á Toledo al príncipe don Enrique y le entregó la ciudad, pero no las puertas, ni los puentes, ni el alcázar, á excepcion de dos puertas que le dejó libres para entrar y salir. Supo luego el príncipe que algunos individuos del cabildo y del ayuntamiento andaban en tratos con el rey su padre para darle la ciudad, y haciéndoles prender, á unos mandó ajusticiar y arrastrar, y á otros encerró en fortalezas: ¡tanta era ya la enemiga entre el hijo y el padre!

Continuó la rebelión de Toledo hasta 1450, en que habiendo vuelto el príncipe de una expedición a Roa y Segovia, acompañado del marqués de Villena don Juan Pacheco, de su hermano don Pedro Girón, maestre de Calatrava, del obispo de Cuenca don Lope Barrientos y de otros varios caballeros y gentiles-hombres, por consejo de estos intimó a Pedro Sarmiento que entregara el alcázar al maestre de Calatrava y desocupara la ciudad. Trabajo costó reducir al rebelde caudillo, y fué menester toda la energía y toda la sagacidad del obispo de Cuenca para someterle. Al fin cedió, á condición de que se le permitiese salir de la ciudad llevándose todos sus haberes, condición á que condescendió indiscretamente el príncipe. Tan luego como don Enrique se posesionó del alcázar hirieron sus oídos lamentos y voces lastimeras que de la parte de un calabozo venían. Mandó descerrajar las puertas de aquella prisión, y se ofreció á sus ojos el horrible espectáculo de multitud de hombres honrados de Toledo, de mujeres casadas y viudas, á quienes Pedro Sarmiento había robado cuanto tenían en sus casas, y luego los dejaba consumir en aquel abovedado subterráneo. Á pesar de esto todavía se permitió al terrible Pedro Sarmiento sacar de la ciudad hasta doscientas acémilas cargadas con el fruto de sus escandalosos robos, en que había de toda especie de objetos, joyas de oro y plata, tapicería, paños y lienzos de Holanda, de Flandes y de Bretaña, colchas, brocados y todo género de alhajas, «que la casa que él mandaba robar, dice el cronista, hasta dejarla vacía no la dejaban (1).» Levantaban el grito hasta el cielo los toledanos al ver en el arrabal las bestias cargadas con las riquezas y objetos que á ellos les habían sido arrebatados, y con todo esto el príncipe no solamente no impidió su salida, respetando la palabra que había empeñado á Pedro Sarmiento, sino que la presenció y autorizó hasta que el gran depredador y su gente se despidieron y pusieron en salvo. Así entendían el derecho común los príncipes de aquel tiempo (2).

Cuando esto acontecía, habiase formado la segunda gran confederación contra el condestable y maestre de Santiago don Álvaro de Luna, en la cual entraban el príncipe don Enrique, el rey de Navarra, el almirante don Fadrique, los marqueses de Villena y de Santillana, los condes de Castro, de Haro y de Plasencia, don Rodrigo Manrique, nombrado por el rey de Aragón maestre de Santiago, el maestre de Calatrava y otros muchos nobles y caballeros, que habían celebrado al efecto una reunión en Coruña del Conde, villa entonces de don Pedro Lopez de Padilla. Para descomponer esta liga trataron el rey y el condestable con el de Navarra, y quedó concertado que el almirante y el conde de Castro volviesen al reino, donde les serían restituidas todas las tierras, rentas y señoríos, y que igualmente don Alfonso, hijo del rey de Navarra, vendría á posesionarse del maestrazgo de Calatrava, no obstante estar dado á don Pedro Girón, hermano del marqués de Villena (1451). Hacían esto con objeto de quitar aliados al príncipe, pero este por su parte hacia trasladar á Toledo al conde de Alva, y ponía en libertad á Pedro de Quiñones bajo juramento de que había de negociar con el almirante y conde de Benavente, sus dos cuñados, que siguieran las banderas del príncipe, apartándose de todo otro partido. Era esta una madeja interminable de intrigas, en que es excusado buscar ni consecuencia, ni lealtad, ni fe en ninguno de los personajes. Así á poco tiempo de esto vemos otra vez unidos al rey, al príncipe y al condestable, entrar el rey en Toledo, ciudad que solo había querido entregarse á su hijo, y con anuencia de este darse la tenencia del alcázar y la guarda de las puertas á don Álvaro de Luna, contra quien parecía haber sido toda la rebelión toledana, y contra quien parecía conspirar sin descanso el príncipe. Seguidamente se ve al hijo del rey llevar la guerra á Navarra, con cuyo monarca se había confederado un año antes en Coruña del Conde contra el condestable, cercar á Estella, y retirarse á suplicación que hizo al rey de Castilla el príncipe de Viana, hijo del navarro. Y por otra parte se ve

(1) Perez de Guzman, en la Crón. de don Juan II, pág. 548.

(2) Este célebre despojado Pedro Sarmiento corrió despues mil aventuras, y anduvo casi siempre desterrado, y murió perlático, «y ansí él como todo lo que robó, dice la crónica, obo mala fin.»

á Alfonso Enriquez, hijo del almirante don Fadrique, á quien acababan de favorecer el monarca y el condestable, rebelarse en Palenzuela contra el rey y contra don Álvaro, y costar el sitio y rendición de esta villa una campaña en que estuvo muy en peligro de perder la vida el condestable y maestre de Santiago. En medio de este laberinto de guerras y de intrigas había nacido en Madrigal (13 de abril, 1451) la princesa Isabel, que el cielo destinaba á ocupar un día el trono castellano, á curar las calamidades del reino, y á asombrar con su grandeza la España y el mundo.

En Granada y en Castilla se iban á realizar casi simultáneamente sucesos altamente importantes y trágicos, que aunque preparados de atrás, comenzaron á marchar hácia su desenlace en ambos reinos en 1442. Daremos antes cuenta de la catástrofe horrible de Granada, para venir despues á la tragedia con que terminó el largo y complicadísimo reinado de don Juan II de Castilla.

Hallándose enfermo en su villa de Marchena el conde de Arcos don Juan Ponce de Leon, solicitó hablarle un moro llamado Mofarris que acababa de convertirse á la fe cristiana, y al recibir el agua del bautismo había tomado el nombre de Benito Chinchilla. Este converso reveló al capitán cristiano que una hueste de infieles había salido de Granada y avanzaba sobre Marchena: el conde, doliente como estaba, saltó del lecho, pidió y se ajustó su armadura, mandó tocar alarma, y salió con su gente en busca del enemigo. Emboscó sus guerreros entre unas breñas y al lado de un barranco por donde tenían que pasar los musulmanes, y cuando estos llegaron arremetió impetuosamente y de improviso sobre ellos, y los desordenó y desbarató, quedando en el campo sobre cuatrocientos infieles atravesados por las lanzas cristianas. Este descalabro picó vivamente el orgullo del rey Aben Osmin el Cojo, que determinó vengarle enviando una numerosa cabalgata á los campos de Levante al mando del jóven Abdilvar, el campeón mas esforzado y mas apuesto de Granada. Incorporáronsele en su marcha otros caudillos, entre ellos el *Intrépido* Malique (Malik), alcaide de Almería, que capitaneaba los moros mas feroces del reino, montañeses de la sierra de Gador, acostumbrados á una vida agreste y desenfrenada. Con estos y otros alcaides que se le reunieron, avanzó Abdilvar á los confines de Murcia y Cartagena. Tenía el gobierno de Lorca el capitán cristiano Alfonso Fajardo, á quien por su carácter inflexible y adusto llamaban el *Malo*, pero á quien sus hazañas le habían valido también el sobrenombre de el *Bravo*. Este caudillo hizo tocar á rebato todas las campanas de la ciudad, celebró una procesion religiosa para enardecer en la fe á sus guerreros, y lo consiguió hasta tal punto, que cuando salió á batir los infieles, se vió marchar entre las filas un viejo hidalgo, llamado Pedro Gabarrón, que llevaba consigo doce hijos, algunos de ellos tiernos todavía, y como le preguntasen á dónde iba con aquellos niños, respondió: *Llevo estos doce cachorros para que se ceben como leones en sangre mora, y cobren aliento para las batallas*. El brio de los soldados de Alfonso Fajardo correspondió al entusiasmo que había sabido inspirarles. Dada la batalla en las cercanías de Lorca, fué tal el ímpetu con que al grito de *¡Santiago!* arremetieron los cristianos, que nada pudo resistir al empuje de sus aceros: horrible fué la mortandad de los infieles: allí perecieron los aliados moros de Baza, de Huescar, de Cúllar, de Vera, de los Velez y de Almería: Malique el *Intrépido* cayó anegado en su sangre, traspasado por la adarga misma de Alfonso Fajardo: querían los soldados cortarle la cabeza, pero el bravo Fajardo lo impidió y le hizo curar. Un arranque de arrogancia del cautivo moro al ser llevado á Lorca irritó á los soldados cristianos y le despedazaron con sus espadas. Entraron los vencedores en la ciudad á son de trompetas y repique de campanas; á los pocos dias, con motivo ó con pretexto de una conspiración, todos los moros prisioneros fueron cruelmente degollados. El jóven Abdilvar, el gallardo jefe de la infortunada expedición, el único que había podido salvarse con algunos restos de su destrozada hueste, fué recibido en Granada con adusto ceño por el rey Aben Osmin: cuando se le presentó, díjole el desesperado emir en un arrebatado de ira: *Abdilvar, puesto que no has querido morir como-bueno en*

*la lid, morirás como cobarde en la prisión*. Y le mandó matar; y conducido á una mazmorra, las cuchillas de los verdugos no tardaron en tronchar el cuello del ilustre y desventurado musulman (1).

Desde entonces Aben Osmin el Cojo se hizo tan desabrido y cruel, como orgulloso y altivo le habían hecho sus anteriores triunfos sobre los cristianos. Convirtió su furor contra sus propios súbditos, y volvióse tan sanguinario, y ejerció tantos y tales actos de tiranía, que concitó contra sí un odio universal, y ya no pensaban sus vasallos sino en la manera de deshacerse de quien con tanta iniquidad los trataba. Naturalmente volvian los ojos hácia los Abencerrajes refugiados en Montefrío con Aben Ismail (1452), el cual, noticioso del disgusto y de las disposiciones de los granadinos, y protegido por el rey don Juan II de Castilla, no tardó en decidirse á abandonar su asilo, y se presentó con pendones desplegados en la vega y casi á las puertas de Granada. Salíole al encuentro su primo Aben Osmin con los partidarios que aun le quedaban; pero trabado el combate, y habiéndole sido adversa la suerte, tuvo Aben Osmin que retirarse al abrigo de los muros de la ciudad con las reliquias de su caballería. Ardiendo en ira y en deseos de venganza, mandó que concurriesen á la Alhambra, con pretexto de pedirles consejo acerca de lo que debería hacer en su situación, los principales caballeros granadinos de quienes sabia ó sospechaba que le eran desafectos. Luego que los tuvo reunidos en uno de los salones del magnífico palacio, con desapiadada fiereza ordenó á sus satélites que les degollaran, y el bárbaro mandamiento fué instantáneamente ejecutado. Alborotóse con esto la ciudad proclamando á Ismail: el desatentado emir no se creyó ya seguro en aquella fortaleza, y se fugó con algunos de sus privados, internándose en las fragosidades de la sierra (2).

Con esto entró Ismail en Granada, siendo aclamado con gran pompa, si bien con el sentimiento de sentarse en un trono salpicado con la sangre de esclarecidos y nobles musulmanes, porque era Aben Ismail hombre de generoso corazón y amante de la justicia y de la paz. Desde luego la hizo con el rey de Castilla su protector, reconociéndose su vasallo y tributario, y haciéndole el debido homenaje; pero duró poco, por la muerte que luego sobrevino á este monarca, como ahora habremos de referir.

Veamos ya el desenlace que entre tanto tuvieron las cosas de Castilla por lo que hace al personaje principal que por su inmenso poder, por ser el que de hecho ejercía la soberanía, y por ir encaminadas contra él todas las tramas y conspiraciones, absorbe casi todo el interés de este reinado (3).

Indicamos ya que el rey deseaba desembarazarse de su an-

(1) Conde, Domin. part. IV, cap. 32.—Crón. de don Juan II, p. 556. Morote, Blasones de Corca, pág. II, lib. 3.—Cascales, Discurs. Histor. de Murcia.

(2) Conde, ubi sup.—El mas moderno historiador de Granada, La-fuente Alcántara, cree que esta terrible ejecucion fué la que dió nombre á la sala llamada de los *Abencerrajes*, contigua al patio de los Leones, apartándose en esto de la tradicion y de otras historias que atribuyen el origen de aquel nombre al sangriento suplicio de los Abencerrajes, ejecutado algun tiempo despues por Boabdil, á la cual nos inclinamos nosotros.

(3) En casi todas las historias generales hallamos el reinado de don Juan II tratado tan á la ligera, que apenas puede formarse una escasisíma idea de él, y forma un verdadero contraste con la difusa é interminable prolijidad de las dos crónicas que de él tenemos; prolijidad que en parte justifica la duracion misma de un reinado de cerca de 48 años de gran movimiento interior, y nutrido de acontecimientos, que aunque enojosos, por su complicacion, por cierta especie de monotonía, y por estar constantemente dividida la atención entre los muchos personajes que en ellos figuran, no es posible omitirlos, siquiera sea desembarazándolos de sus pormenores, si se ha de conocer este importante período de nuestra historia. Romey, que dedicó un volumen entero al reinado de don Pedro, consagra solo unas poquísimas páginas al de don Juan II, y casi puede decirse que le deja tan en blanco como dejó el de doña Urraca. Mariana, aparte de varias inexactitudes que comete, de tal manera envuelve é involucra, segun su costumbre, los sucesos de Castilla con los de Navarra, Francia, Nápoles, Sicilia y otros puntos, que sobre ser ellos de por sí harto complicados, aumenta grandemente su confusion, y no es fácil tarea llevar el hilo y comprender el órden y sucesion de los acontecimientos.

tigo privado don Alvaro de Luna, y que este era tambien el designio de la reina á quien su esposo lo había comunicado. Pero con aquella timidez propia de las almas débiles esperaba una ocasion, que nunca le parecia bastante oportuna, para sacudir aquel yugo, y entre tanto continuaba acariciando como siempre al condestable y encadenado como antes á su voluntad. Esta ocasion se la proporcionó la ambicion misma de don Alvaro, que no viendo ya en el reino grande alguno de quien pudiese recelar, salvo del conde de Plasencia don Pedro de Stúñiga ó Zúñiga que se mantenía apartado de la corte, intentó apoderarse de su persona por un golpe de mano. Avisado el conde por Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey, se fortificó en su villa de Béjar resuelto á hacer guerra á muerte al condestable. Trató al efecto con los condes de Haro y de Benavente y con el marqués de Santillana, y hallándolos dispuestos á auxiliar su propósito, acordaron entre sí la manera de destruir al autor de los males de todos. El plan era que los hijos de los condes de Plasencia y de Haro con quinientas lanzas fuesen á Valladolid, donde el rey y el condestable se hallaban, y so pretexto de que iban en ayuda del conde de Trastámara contra el de Benavente con quien traía diferencias, tomar por fuerza la posada en que se alojaba el condestable, y cogerle muerto ó vivo. Habiéndose diferido por varias causas la ejecución de este plan, dióse tiempo á que le trasladara don Alvaro, y este dispuso trasladarse con el rey á Burgos, con lo cual no hizo sino anticipar su perdición por querer evitarla (1453). No sabemos cómo don Alvaro no tuvo presente que el alcaide del castillo de Burgos era don Inigo de Zúñiga, hermano del conde de Plasencia. Aprovechando la reina esta circunstancia, escribió secretamente á la condesa de Rivedero para que se presentase con sus instrucciones al conde su tío. En cumplimiento de ellas envió el de Plasencia á Burgos su hijo primogénito don Alvaro con Mosen Diego de Valera y un secretario. En Cariel encontró el de Zúñiga un mandadero del rey con una cédula, en que le ordenaba que dejando toda otra cosa se apresurase á llegar á Burgos y se metiese en la fortaleza. Por el mismo supo don Álvaro de Zúñiga que en la posada misma del condestable había sido muerto y arrojado por la ventana al rio Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey, en pena sin duda del aviso que antes había dado al conde de Plasencia (4). Turbó esta noticia al de Zúñiga, vaciló, pero obedeció al mandato del rey; y dejando la gente de armas encomendada á Mosen Diego de Valera, andando de noche y con mil precauciones pudo llegar á Burgos y meterse en el castillo. A poco tiempo logró tambien Mosen Diego de Valera á fuerza de maña introducirse en la fortaleza con su gente.

Despues de algunas comunicaciones por escrito entre el rey y don Álvaro de Zúñiga, recibió este una cédula del monarca en que le decía: *Don Alvaro Destúñiga mi Alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de don Alvaro de Luna Maestre de Santiago; é si se defendiere, que lo mateis*. En su virtud, y dada orden por el rey á los regidores de la ciudad para que al dia siguiente todo el mundo se presentase armado en la plaza del Obispo, salió al romper del alba don Álvaro de Zúñiga del castillo con su gente hácia las casas de Pedro de Cartagena donde el condestable posaba: tres mensajeros le llegaron en el camino para advertirle de parte del rey que no combatiere la posada del condestable, sino que la cercase de manera que no pudiese escapar. Al aproximarse los soldados de Zúñiga gritaron: *¡Castilla, Castilla, libertad del rey!* A estas voces se asomó el condestable á una ventana, «vestido solamente de un jubon de armar sobre la camisa, dice la crónica, y las agujetas derramadas; y exclamó: *¡Voto á Dios, hermosa gente es esta!*» Un balletero le arrojó un venablo que dió en el marco de la ventana; el condestable se retiró, pero sus criados comenzaron á hacer fuego sobre los sitiadores, mataron é hirieron algunos, y corrieron no poco peligro las cabezas de los Zúñigas, tío y sobrino, y de Mosen

(4) Segun la Crónica de Fernan Perez le mató Juan de Luna, yerno del maestre y condestable, dándole con un mazo en la cabeza, y para figurar que él mismo se había caído al rio desclavaron unas verjas que á él daban para que apareciese que al asomarse á ellas las había vencido con su peso.